

Poemas a la sombra de la ciudad

I

No es una prisa.
Tampoco el temor de que haya poco tiempo,
de que los hábitos insistan en desvanecerse.
Un día los cuerpos sienten una sola luz,
se descubren ante muchos otros,
y nadie aparta su sed mínima de acercamiento,
su sueño secreto de gloria corporal,
la piel humana que en las sábanas nos espera
como la familia que perdemos, arrojados del mundo.
Todo en cualquier calle responde, porque todo nos llama.
Y no me refiero a la prisa,
tampoco al temor de que no haya tiempo.
Sólo quisiéramos no guardar silencio, aunque sea necesario.
No apresurarnos cuando la vida retorna, sin la dicha ajena,
a la tierna orilla de su propio cuerpo.
Volver una y otra vez a la misma ciudad
que no escucha bajo nuestros pasos ningún secreto,
al olor y al sabor y a la lluvia
que son también para otros;
a la certeza de que en ella se descubren las veredas, el tiempo,
los rostros que nos mirarán y que amaremos,
lo que debemos compartir como si ninguno importara,
pero como si nadie pudiera faltar a esta cita,
a este limpio momento en que todos debemos estar,
a este amor velado en que todos debemos arder.

II

Hoy, a la sombra de la ciudad,
mirando por la ventana la noche de lluvia,
tratando de escuchar algo más que el ruido de los autos
o la respiración de los que duermen en el mismo edificio;

las palabras no quieren ser oscuras,
 no aspiran a ser hermosas.
 Para todas las cosas hay palabras claras.
 Aun para lo oscuro hay palabras luminosas.
 Aun para nosotros, que somos oscuros.

V

Por un momento, ahora, entre el calor de rosas y de sombras,
 entre el ruido de las aves y de las bugambilias,
 entre las cigarras y el atardecer del aire caliente, fragante,
 bajo el techo de vigas, sobre las baldosas viejas, te miro.
 A mi lado, una mujer descansa. Lee, quizás.
 A mi lado transcurre su quieta paz, su cálido aliento.
 Y un poco, junto a la sombra de la hiedra,
 un poco, quizás con días o años de distancia, te espero.
 Ahora recordar no demora,
 no puede ser la posesión de nada.
 Es mirar la hora en la hierba, en las ramas.
 Escuchar el tesón del mirlo o del cuervo o de la torcaza
 llamando en el calor del aire a nadie.
 Nada en el cuerpo queda.
 No hay huellas de tus manos. No hay huellas de tus ojos.
 Tanto aliento que mi boca recibió de la tuya
 y sólo el aroma de las bugambilias, de la lluvia de la mañana, es lo
 [que queda.
 Nada devuelve el recuerdo, acaso. Sólo una prisa.
 Sólo el ansia de que esas huellas aparezcan.
 De que sean los heraldos tuyos,
 el tangible día, la perenne risa de las raíces
 que sueñan estar siempre en ellas,
 ser siempre ellas.
 Y algo debe doler.
 En alguna parte que no brota para entender ni acallar,
 debes, como todo lo que no existe, como todo lo que es imposible,
 saber que estoy aquí.
 Saber (¡oh, qué imposible saberlo!) que estás aquí.

VI

No vendrán los años, no vendrá el olvido.
 No pasaremos, no, como tantas cosas.
 La llovizna seguirá cayendo sobre la tierra
 y estaremos en otro lugar, amor,
 natural, eterno, que tu cuerpo comprende.

Volveremos por él a donde nada desaparece.
 Estar ahí, amiga, será estar para siempre.
 Haberte amado así, será haberlo hecho para siempre,
 más limpios que el mundo o las lluvias,
 más que la fuerza de los mares.
 En tu cuerpo hay una permanente arena,
 una permanente lluvia, permanentes horas.
 Todo lo que vive, desde tus ojos nos mira.
 Y a través de tu cuerpo crece
 nuestro encuentro luminoso como la tierra o las estaciones;
 un grito silencioso insistiendo
 en que no volverá a entristecernos la muerte;
 que eleva en nosotros su ternura
 como hasta la parte más alta de un monte,
 un alto lugar donde nos sentamos a contemplar desde tus ojos
 el paisaje de lo que no muere,
 de lo que no desaparece.

VII

Que aquellos que no quieren olvidar lo que siempre amaron.
 Que aquellos que esperan regresar tan sólo un instante más
 a todo lo que una vez besaron, poseyeron.
 Que aquellos que amaron a una mujer largamente deseada
 como a un laborioso sueño de dicha
 que les fue arrebatado brutalmente sólo por el paso de los minutos.
 Que aquellos en quienes arde aún la luminosidad de los cuerpos que
 [besaron,
 la luminosidad que no desvanecen los años ni las otras noches.
 Que aquellos que se acercaron a los cuerpos desnudos
 como si sumergieran sus manos en las aguas más puras,
 en las aguas más eternas,
 y amaron, lloraron, poseyeron a alguien
 como eterna, intensa, irreparablemente suya,
 puedan ser bendecidos,
 oh Dios, oh vida, oh sangre.

VIII

Dejo abiertas las puertas de la casa para que todos mis amigos,
 con sus recuerdos y su dicha, con sus amores destruidos y persistentes,
 lleguen con su risa y sus vasos desde el primer día de mi vida.
 Dejo abiertas las puertas de la casa para esperar a mis padres en medio
 [de mi infancia

y caminar de la mano con ellos por una mañana.
 Dejo abiertas las puertas para que lleguen mis hijos con sus risas
 [imborrables,
 tropezando en innumerables vidas.
 Para que lleguen las mujeres que he amado,
 y decirles el tiempo que las esperé,
 las tardes que las he comprendido.
 Para que el viento inunde la casa, los libros, los muebles, los días,
 oyendo todo lo que es posible.
 Dejo abiertas las puertas de la casa
 para estar siempre en el mundo.

IX

Desde tu frente, recuerdo, el sol nacía.
 Desde tu antigua, desde tu muerta frente
 sigue naciendo el sol que espero,
 que me escuchaba desde antes de mi nacimiento,
 que me sigue escuchando desde la inquietud de la muerte.
 Y arde el cuerpo en mi infancia, otra vez,
 mi destino que más allá, otra vez en ti, me espera.
 Estoy a tu lado, en tu lecho.
 Como los árboles o la hierba a la orilla de un estanque,
 a tu lado sigo.
 Inclino sobre ti mi cabeza.
 Beso tu cabellera con olor a remotísimo tiempo,
 y dejas en mi boca un sabor a calma,
 un sabor de alma sobre la tierra.
 Lleva, niña abuela, lleva un poco de lluvia, un poco de arena.
 Lleva un poco de sombra perfumada para
 que no vuelvan el dolor ni la oscuridad a tus ojos,
 para que en tus brazos no vuelvan a morir tus hijos,
 por ejércitos e incendios.
 Que surjan en la casa todas las luces de las tardes
 y que nos rodeen sus fulgurantes horas, sus amados cerros.
 Que muchas veces vuelvas con tus hermanas.
 Que cuando florezcan las mimosas
 desde su color te esparzas en su vida.
 Anciana dulce, inerte como las cosas olvidadas por los niños,
 quiero que estés siempre a tiempo en el agua, en la quietud,
 atenta a la luz que enciendes para que todas las ánimas vean,
 para que todos los que han perdido la vida, calma sientan.
 Que llegue hasta tus manos todo lo que ama en el mundo.
 Toda la tierra que miraste,

toda la vida que en ella habita, que en ella crece,
toda la vida y toda la muerte que la tierra guarda,
bésala como a mí, tómala,
para que a tu amor lo cuiden las cosas, la tierra.
Tu amor que es agua ahora cayendo sobre recuerdos, horas, hijos.
Agua cayendo sola sobre las peñas y la tierra.

Carlos Montemayor

